

TOM. *(Sin soltarlo.)*  
Ténte, Pierres.

PIER. Ese es yo.

TOM. *(Lo empuja.)* Anda, pícaro, adelante.  
*(Vuelve á caerse Pierres.)*

EMPER. *(Aparte, paseándose.)*  
Ya todo está descubierto,  
y es sin duda el rey de Francia  
el que con tanta arrogancia  
aquí me buscó encubierto.  
Y no es la noche primera  
que ha salido de la torre;  
es quien las calles recorre  
armando tanta quimera,  
y es también el rondador  
que tantos celos me daba.  
¿Doña Elvira lo ignoraba,  
y también doña Leonor?...  
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado?...  
¿Por qué al bufon dejó así?...  
¿Cómo otras noches, de aquí  
habrá á la torre tornado?  
Mas... Hernando de Alarcon...  
Hasta que amanezca el día  
no cesará el ansia mia  
ni mi inquieta confusion. ... *(Pausa.)*  
Aunque esta noche haya vuelto,  
como hizo las anteriores,  
¿quién aquietará mis temores  
de que, á fugarse resuelto,  
no lo verifique acaso  
mañana mismo, de modo  
que dé en tierra mi plan todo?  
Fuerza es atajarle el paso,

y aunque á fuer de caballero  
debo esperarle mañana,  
la diadema soberana  
me impone un deber primero.  
Su fuga, ántes del tratado,  
á la Europa conmoviera,  
y la Europa toda entera  
su reposo me ha fiado.  
De caballero á la ley  
no por esto he de faltar,  
pues juro le he de retar  
de hombre á hombre y rey á rey  
después que esté libre y fiero,  
cuando no sospeche el mundo  
que mi valor sin segundo  
se ejerce en un prisionero.  
*(Después de breve pausa dice á Tomate.)*  
Tomate, carga con él,  
pues si la ronda volviese,  
y cual debe lo prendiese...  
TOM. Que se lo lleve Luzbel.  
EMPER. No, que es fuerza prevenir  
un empeño. Allá en la esquina,  
que está á la torre vecina,  
lo puedes dejar dormir,  
pues conviene no recuerde  
que con nosotros habló.  
TOM. Nada recordará, no,  
que está su zorra muy verde.  
*(Hace esfuerzos para cargar con Pierres.)*  
EMPER. Y cuidado con guardar  
secreto de cuanto has visto.  
Si se sabe, vive Cristo,  
te mando al momento ahorcar.

## JORNADA TERCERA

### ESCENA PRIMERA

*Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY solo*

REY. *(Se pasea.)*  
No ha sido poca fortuna  
que ese pícaro bergante  
no me haya comprometido  
con su borrachera infame.  
Por más que me ha asegurado  
que no lo había visto nadie,  
que no habló á ningún viviente  
mientras estuvo en la calle,  
y que se vino á la torre  
ántes que el alba sonase;  
he pasado todo el día  
hundido en ansias mortales.  
Mas pues que llega la noche  
sin incidente notable,  
pienso que verdad me ha dicho,  
y mi temor se deshace.  
Y pues nada se trasluce  
de mis nocturnos solaces,  
sólo anhelo ya la hora  
de verme libre en la calle:  
que esta noche más que nunca  
me es el salir importante,  
y obligaciones me llaman  
de que no puedo excusarme.

*(Pausa.)*

¡Qué prodigio de hermosura!  
¡qué portento de donaire!  
¡qué asombro de entendimiento!  
¡qué tesoro de bondades  
es doña Leonor!... La adoro,  
y el corazón se me parte  
al ver que me corresponde  
con la candidez de un ángel;  
pues lo mismo que sería  
la dicha más inefable,  
la ventura más preciosa,  
la felicidad más grande  
para mí, si rey no fuese;  
ser yo rey lo torna y hace  
mi más terrible martirio,

TOMO II

mi infierno más espantable,  
poniendo entre ambos ¡oh suerte!  
una barrera de tales  
circunstancias, que es de bronce  
para impedir nuestro enlace,  
y es de cristal transparente  
para que yo los quilates  
de su virtud y hermosura  
mire, mida, aprecie y ansie.  
La corona adorna y ciñe  
la cabeza, pero parte  
el corazón y lo aprieta,  
y su rico cerco es cárcel  
de los afectos del alma,  
de do no pueden fugarse.

*(Pausa.)*

¡Ojalá nunca mis ojos  
vieran cruzar esta calle  
á Leonor! ¡Nunca mis cartas  
hasta su cielo llegasen!  
Pensé que burlar podía  
y distraer mis pesares,  
sin interesar mi pecho  
con ella, porque ignorante  
no conocía los dotes  
que la adornan celestiales.  
No, no merece Leonor,  
tan discreta, tan amable,  
tan tierna, tan expresiva,  
tan honesta y tan amante,  
que más fingimientos use,  
que por más tiempo la engañe,  
perdiéndola en esperanzas  
que no pueden realizarse.  
Mas ¡cielos!... ¿cómo aventuro  
el decirlo... el declararme?...  
Envenenado cuchillo  
que el corazón va á rasgarle,  
serán ¡ay Dios! mis palabras;  
porque desengaños tales  
que un encanto de delicias  
y de ilusiones deshacen,  
destrozan aun más que curan,  
y más que alivian abaten.  
Y yo ¡con cuántos martirios,

42



congojas, penas, afanes,  
ansias, tormentos, dolores,  
llantos, despechos, pesares  
daré paso á una palabra,  
y acentos con ella al aire,  
que al tiempo que á Leonor hieran,  
es fuerza que á mí me maten!  
Mas preciso es resolverme,  
que el fingimiento es ya infame.  
Y perderse debe todo,  
y todo sacrificarse  
por salvar la honra y el nombre,  
y prevenir un desastre.

(*Se pasea.*)

Esta obligacion cumplida,  
saldré sin que lo retarde  
á ver si acaso consigo  
darle fin al raro lance,  
que dejé empeñado anoche.  
¡Mal hayan ronda y alcalde;  
que á lo mejor me estorbaran  
dar realidad á mis planes!  
¡Y qué bien la espada empuña  
el César! ¡Qué bien combate!  
Por más esfuerzos que hice  
fué imposible desarmarle.  
Apuremos esta noche,  
que sin duda ha de esperarme,  
pues quién soy no ha traslucido,  
ni quién le ha retado sabe,  
si aun me es contraria fortuna,  
ó si está ya de mi parte.

Sale PIERRES

PIERRES. Ya que la tarde pasó  
sin ocurrir novedad,  
vereis, señor, que es verdad  
cuanto os he contado yo.  
REY. Calla, Pierres, calla, vil.  
A tí y al vino maldigo.  
PIERRES. ¿Y ¡qué! vuestra alteza, digo,  
le echa acaso en el candil?  
REY. No vengas con gracias, ea,  
que para gracias no estoy.  
PIERRES. Callaré, puesto que hoy  
tan alta está la marea.  
REY. Trae luces, que ya anochece  
y no tardará Alarcon.  
PIERRES. En cuanto da la oracion  
como vestiglo aparece. (*Vase.*)  
REY. Si hoy dejo desengañada  
á Leonor, y á todo trance  
doy el fin que busco al lance,  
quitando al César la espada,  
no salgo más. ¿Para qué  
si soy tan desventurado,

que sólo penas he hallado  
en lo que alivios busqué?  
La paz por horas aguardo.  
No sé si mi madre halló  
algun reparo, ó si urdió  
el César nuevo retardo.  
Hasta ver su conclusion  
á salir de aquí no vuelvo,  
que á esperarla me resuelvo  
con paciencia en mi prision.

Vuelve PIERRES con dos candeleros, que pone  
sobre la mesa

PIERRES. Ya teneis aquí las velas  
y, si yo no me equivoco,  
al viejo dentro de poco,  
que oigo sonar sus espuelas.  
REY. (*Se sienta.*) Ahora me aseguraré  
por su semblante y su hablar,  
si es que del todo aquietar  
tantas zozobras podré.

Sale HERNANDO DE ALARCON

ALARCON. (*Con mucho respeto, deteniéndose.*)  
¿Vuestra alteza me permite?...  
REY. (*Levantándose.*)  
Entrad, señor de Alarcon.  
¿Quién á tan noble varon  
con grande placer no admite?  
ALARCON. (*Adelantándose.*)

Siempre me honra vuestra alteza.  
REY. Siempre os estimo y venero,  
como á valiente guerrero  
dechado de la nobleza.  
Sentaos. (*Siéntase el Rey.*)

ALARCON. Mil gracias os doy.  
De pié, como es justa ley  
estar delante de un rey,  
para serviros estoy.  
¿Y cómo ha pasado el día  
vuestra alteza?

REY. Triste asaz.  
ALARCON. Acaso pronto la paz  
vendrá á darle la alegría.  
¿Y vuestra alteza ha comido  
con apetito?

REY. Tal cual,  
mas siempre se come mal,  
á esta quietud reducido.  
ALARCON. Pronto en libertad, señor,  
gozareis...

REY. Dios lo permita;  
que ya se agosta y marchita  
de mi juventud la flor.

ALARCON. ¿Vuestra alteza ha menester  
algo, ó exige de mí

REY. algun servicio?... Que aquí  
obsequiarle es mi deber.  
Con mi gratitud contad,  
alcaide cortés y humano:  
pero no está en vuestra mano  
lo que ansio, mi libertad.  
ALARCON. (*Aparte.*) Se me parte el corazon,  
mas no atisbe mi flaqueza.  
REY. (*Alto.*) ¿Me manda algo vuestra alteza?  
(*Levantándose.*)  
Buenas noches, Alarcon.  
(*Alarcon registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)  
PIERRES. Echa llaves y cerrojos,  
viejo cara de vinagre.  
¡No te comiera el usagre  
desde los piés á los ojos!  
REY. Ese anciano vale mucho.  
Habla de él con más respeto.  
PIERRES. Será excelente sujeto,  
mas tiene cara de chucho.  
Y en un año que aquí asisto  
ni tan siquiera una vez  
su rostro de airado juez  
con una sonrisa he visto.  
REY. Es cierto que nunca ríe.  
PIERRES. Pues de rostro tan extraño  
que vive sin risa un año,  
el demonio que se fie.  
Y tiene las fieras garras  
más que su semblante duras...  
Aun conservo mataduras  
de aquella tarde de marras.  
REY. ¿De qué tarde, majadero?  
PIERRES. De aquella en que me agarró  
este brazo, porque no  
me quité pronto el sombrero.  
REY. Hizo bien, que el heroísmo  
con que noble resplandece,  
gran veneracion merece,  
y se la tengo yo mismo.  
Mas pues quiso la fortuna  
que tu traidora embriaguez  
no haya tenido esta vez  
mala consecuencia alguna;  
vámonos pronto á vestir,  
que yo esta noche quisiera,  
por si acaso es la postrera,  
algo más pronto salir. (*Vanse.*)

## ESCENA II

Calle, de noche.—Salen EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE  
embozados

EMPERADOR. Espera, Conde, un momento,  
que pues tan sólo de tí

los proyectos he fiado  
que esta noche he de cumplir,  
aun tengo otro encargo nuevo  
que darte, si en el jardin  
logro entrar para que tenga  
todo término feliz.

CONDE. Señor, tan sólo serviros  
es lo que me toca á mí,  
dándome por muy dichoso  
si acierto siempre á cumplir  
vuestros supremos deseos.  
Seguro de esto vivid.  
Ya está advertido el alcalde  
y vendrá sin falta aquí  
al primer aviso.

EMPERADOR. Conde,  
supongo que ignora el fin,  
y que sin órdenes tuyas  
nada, nada hará por sí.  
CONDE. Nada, señor.

EMPERADOR. Suele el celo  
importuno destruir  
los más concertados planes  
del ingenio más sutil,  
y temo...

CONDE. No temais nada.  
No dará un paso sin mí.  
EMPERADOR. Yo en tu lealtad y secreto  
apoyo, Conde, este ardid  
con que empeños grandes tengan  
seguro y honroso fin.  
Y tú, Tomate, ¿aseguras  
que con su saya y monjil  
y sus reverendas tocas,  
de veras nos va á servir,  
sin vendernos, esa dueña?  
TOMATE. Segurísimo estoy, sí,  
porque he sabido enredarla  
con más artes que Merlin.  
EMPERADOR. Repite, porque oiga el Conde,  
cómo te has compuesto.

CONDE. Dí.  
TOMATE. (*Se desemboza.*)  
Empecé, señor, mi ataque  
llamándola serafín,  
y diciéndole amoroso  
que era su cuello marfil,  
perlas sus dientes, su rostro  
azucenas y carmin;  
y á una maraña de canas,  
que tizna con sucio hollin,  
la llamé, Dios me perdone,  
madeja de oro de Ofir.  
Mas lo que la puso loca  
(tanto que estuvo en un tris  
que una carcajada mia



descompusiera el ardid)  
 fué el decirle yo muy serio  
 que era más fresca que abril;  
 y que unos treinta tendria,  
 pero treinta sin cumplir.  
 Ya me la juzgué rendida;  
 mas cuando empecé á decir  
 que á una invencion me ayudar  
 para entrar en el jardin  
 con dos ó tres amigotes  
 esta noche misma, sin  
 que nadie, nadie lo oliese;  
 se me rechifló, y hostil  
 á mis proyectos se opuso,  
 más brava que un puerco-espín.  
 Torné á la carga, mostréla  
 el bolsón con los dos mil,  
 y por remachar el clavo  
 (que fué ocurrencia feliz),  
 tuve, señor, la osadía  
 (Dios me la perdone, sí)  
 de ofrecerle ser su esposo,  
 con seis mil maravedís  
 de renta, porque la amaba  
 con ardiente frenesí.

EMPERADOR. (*Riéndose.*) Gran valor fué ciertamente,

que no lo tuviera el Cid;  
 porque la tal dueña, Conde,  
 no es mujer; es jabalí.

CONDE. Ocurrencias de Tomate.

¿Y ella consintió? decid.

TOMATE.

A la voz de casamiento  
 y del oro al retintín,  
 ¿cómo pudiera la bruja  
 ni un instante resistir?  
 Más mansa que una cordera  
 dijo, que sólo por mí,  
 pues estaba muy prendada  
 de mi persona gentil,  
 á todo se prestaría;  
 como con siniestro fin  
 y con miras deshonestas  
 no fuese el enredo; y sí  
 un chasco puro, inocente,  
 para burlar y reír.

Todas las seguridades  
 á sus escrúpulos dí,  
 y me ofreció maravillas  
 de su diablura dueñil.

CONDE.

¿Y al cabo?...

TOMATE.

Encargóme mucho  
 no tocarse el bandolín,  
 para que ignore Leonarda  
 y cuantos viven allí  
 el enredo. Y ofrecióme  
 ella en persona salir,

para conducirnos luégo  
 con gran recato al jardín.

EMPERADOR. Pues me parece que tarda  
 ya la maldita en venir.

CONDE. El que espera desespera.

EMPERADOR. (*A Tomate.*) Es que si nos halla aquí...

TOMATE. Aun no es la hora en que acostumbra...

EMPERADOR. (*Observando.*)  
 Alguien viene... ¿No advertís?

*Sale ANACLETA muy tapada con su manto, y se queda á la entrada*

ANACLETA. Sin duda que mi Tomate  
 con los suyos está allí.  
 A acercarme no me atrevo,  
 pues son tres hombres... Chi, chi...  
 TOMATE. Ya está en campaña la bruja.  
 A ella me voy.

(*Se acerca á Anacleta.*)

Serafin,

¡qué impaciente os aguardaba!  
 Nada receleis, venid.

Aquellos son los amigos.

ANACLETA. ¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE. ¿Cómo segura?

ANACLETA. Sintiera

que algun pícaro ruín  
 de la oscuridad valido...

TOMATE. Un san Francisco de Asís  
 es cada uno de esos hombres.

ANACLETA. Fuera un rayo para mí  
 cualquiera accion deshonestas,  
 cualquiera palabra vil,  
 una mirada atrevida,  
 el más pequeño deslíz;  
 que aunque de dueña me visto,  
 doncella soy; eso sí.

TOMATE. No temais nada, llegad.

ANACLETA. Que vengan ellos aquí;  
 pues estando todo listo,  
 mis pasos pueden seguir.

TOMATE. (*Acercándose al Emperador.*)

Señor, no perdamos tiempo.  
 A punto está todo.

EMPERADOR. Oid,

Conde.

CONDE. Señor...

EMPERADOR. Está alerta

con mucho recato, sin  
 que nadie, nadie te atisbe,  
 muy escondido. Y así  
 que éntre el hombre, en el momento  
 á despertar has de ir  
 á aquel sujeto que sabes,  
 y á conducirlo al jardín;  
 pero sin decirle nada

de por qué le llamo aquí.

(*Sigue hablando al Conde en secreto.*)

ANACLETA. (*Aparte.*)

Creerán que me mamo el dedo,  
 y no hay diablo tan sutil  
 que á mí me dé dado falso.

Ya sé que voy á servir  
 al Emperador en esto,  
 que es aquel mozo gentil,  
 que á doña Elvira enamora.

Desde el punto en que lo ví  
 la primer noche al momento  
 quién era reconocí;  
 y del presente fregado  
 algo he de sacar al fin.

De quien saber no he podido  
 nada, nada, ¡pese á mí!

es de aquel señor franchute  
 que anda hecho un Marramaquiz  
 con doña Leonor. Mas huelo  
 que no es un grano de anís,  
 pues toda esta zalagarda  
 contra él se va á dirigir.

CONDE. Descuidad, señor, por todo. (*Vase.*)

EMPERADOR. Descuidado quedo en tí.

Vámonos pronto, Tomate.

TOMATE. Tras de la bruja seguid.

(*Vanse con Anacleta.*)

### ESCENA III

*Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas y salen D.<sup>a</sup> LEONOR afligida, y D.<sup>a</sup> ELVIRA*

D.<sup>a</sup> ELVIRA. En mal hora, prima mia,  
 de tu tierno corazon  
 se apoderó esta pasion  
 que consume tu alegría,  
 llenándote de afliccion.  
 ¡Oh cuánto mejor estabas,  
 cuando libre y desdeñosa  
 de los amores burlabas,  
 y tan alegre y hermosa  
 á todo hombre despreciabas!  
 ¡Ay!... te desconozco, sí.  
 Tu triste estado me inquieta.  
 Mira, mi Leonor, por tí;  
 y pues eres tan discreta,  
 remedia tu frenesí.  
 Pasas infeliz las horas  
 en mudo desasosiego,  
 con que tu pecho devoras.

Con que mires por tí te ruego...

¿Nada me dices?... ¿Y lloras?

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¡Ay prima!... ¿Qué he de decir?  
 Estoy tal que no me entiendo;  
 y mientras que más pretendo

sobre mi afan discurrir,  
 ménos su rigor comprendo.  
 Este don Juan... ¡loca estoy!  
 tan galán y tan afable,  
 tan rendido, tan amable,  
 de quien con el alma soy,  
 es un ente inexplicable.

De que me ama, y mucho, Elvira,  
 tengo gran seguridad:

muy grande, prima, en verdad;

y sobre ella ¡ay de mí! gira

mi afliccion y mi ansiedad;

pues lo mismo que debiera

de mis dichas fundamento,

de mis venturas cimientó

ser, quiere la suerte fiera

sea causa de mi tormento.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. ¡Ay Leonor!...

D.<sup>a</sup> LEONOR. Sí, sí, me adora.

Las mujeres conocemos  
 cuándo un alma poseemos,  
 y esta certeza es ahora  
 motivo de mis extremos.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Pues qué te aflige no sé.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Que poseyendo su amor,

y amándolo yo ¡oh rigor!

una cosa oculta hay, que

nos llena á ambos de dolor.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. ¿El es libre?

D.<sup>a</sup> LEONOR. Sí; lo jura,

y al jurarlo no mintió.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. ¿Es noble?

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿Quién lo dudó?

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Pues entónces, ¿qué te apura?

D.<sup>a</sup> LEONOR. Si tampoco lo sé yo.

Hay un enigma en don Juan,

un misterio impenetrable,

no sé qué incomunicable;

pero tan oscuro, y tan

raro, nuevo, inexplicable,

que él no lo sabe decir,

ni yo lo sé adivinar:

que él no lo puede ocultar,

ni yo dejar de advertir.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Es confusion singular.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Y de aquí nace esa extraña,

esa variacion constante

de carácter y semblante,

con que me confunde y daña,

sin piedad á cada instante.

Mas como en tal variedad

de gesto y conversacion,

siempre arder una pasion

llena de honor y ansiedad

descubro en su corazon;

loca, te lo juro, estoy,



y de dolor abrumada,  
y perdida, enamorada;  
mas sin saber dónde voy,  
por un encanto llevada.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso  
que, por mucho que te aflija,  
tu amor decidido exija  
de galan tan misterioso  
una explicacion prolija.

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¡Ay! estoy en tal extremo,  
que aunque así debiera ser,  
y soy curiosa mujer,  
sondar este abismo temo  
y el tal arcano saber.

*Sale ANACLETA*

ANACLETA. *(A doña Leonor.)*  
Señora, llega don Juan.  
Ya baja á abrirle Leonarda.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Prima, á Dios.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Elvira, aguarda.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. No, que sube tu galan. *(Vase.)*

ANACLETA. *(Aparte.)* Empiece la zalagarda. *(Vase.)*

*Sale EL REY*

REY. *(Al entrar, como hablando afuera.)*  
Cuidado, Pierres, cuidado.

Si osas el vino mirar,  
vive Dios, te has de acordar.  
Leonarda, os queda encargado.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Don Juan, ¿por qué os deteneis?

REY. *(Avanzando.)* Doña Leonor celestial,  
buena y linda sin igual,  
ya á vuestras plantas me veis.  
Y nunca más anhelante  
llegó á veros presuroso  
quien sólo aquí es venturoso,  
vuestro más rendido amante.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Sentaos.

*(Se sientan ambos.)*

Con desasosiego  
aguardé vuestra venida.  
Estoy hoy tan combatida  
de este mar en que me anego,  
que con inquietud y afan,  
pues vuestra presencia calma  
los tormentos de mi alma,  
os esperaba, don Juan.

REY. ¿Y qué os aflige, Leonor?

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿Qué, don Juan?... ¿No lo sabeis?...

Esos enigmas que habeis  
dado á acertar á mi amor.  
Descifrarlos él no puede;  
y hecho un mar de confusiones,  
conjeturas y aflicciones,

fuerza es que mi pecho quede.  
Y mi buena fe y ternura  
no merecen, no, por Dios,  
ni tanta reserva en vos,  
ni en mí tan fiera amargura.

REY.

Leonor, sois la pura estrella  
tras quien deslumbrado voy  
por quien desdichado soy  
gozando de su luz bella.  
Estoy tan ciego por ella,  
que juzgo en el firmamento  
tener á su lado asiento;  
y ver no puedo el abismo,  
que debajo de mí mismo  
de tanta dicha es cimientó.

El amor puro y ardiente  
que os tengo, y el puro amor  
con que me haceis, oh Leonor,  
el más dichoso viviente,  
son las causas solamente  
de tanta reserva, y tan  
oscuro y molesto afan:

y á ambos nos importan, sí,  
que es para que yo esté aquí  
la reserva el talisman.

Si lo rompo yo imprudente,  
si curiosa lo rompeis,  
yo quedo, y vos quedareis  
sobre el abismo pendiente.  
Pues ciego amor no consiente  
que se mire en derredor,  
porque absortos en su ardor,  
y sin mañana, nos quiere,  
Leonor, que sea lo que fuere,  
obedezcamos á amor.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Del amor es el instinto  
sus dichas asegurar,  
y no anheloso vagar  
por un ciego laberinto.  
Claro, seguro, distinto,  
quiere ver delante el puerto,  
un fin terminante y cierto,  
pues vive de la esperanza;  
y amor que á verla no alcanza  
es amor que está ya muerto.

Segura de que me amais  
y segura de que os amo,  
saber ansiosa reclamo  
el enigma que ocultais.  
Os ruego me lo digais,  
don Juan, sin salir de aquí:  
notad que vivir así,  
ya no podemos los dos.

Quién soy ved: y quién sois vos  
hablad; por vos y por mí.  
SÍ, Leonor, voy á apagar

REY.

de un soplo la luz del sol,  
cuyo ferviente arrebol  
á ambos nos pudo abrasar.  
Voy mi pecho á destrozar,  
y á romper el vuestro voy.  
Resuelto, resuelto estoy  
á tornar el paraíso  
en infierno: es ya preciso  
por vos misma, y por quien soy.

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¡Ah!... desfallezco... Decid.

REY. Estoy mortal... ¡Oh rigor!

D.<sup>a</sup> LEONOR. Hablad, hablad.

REY. *(Resuelto.)* Mi Leonor,  
no más misterios. Oid.

*Sale DOÑA ELVIRA muy asustada*

D.<sup>a</sup> ELVIRA. ¡Ay Leonor! Vengo muerta.

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(Levantándose sorprendida.)*

Pues ¿qué ocurre?

REY. *(Levantándose sorprendido.)*

¡Señora!

D.<sup>a</sup> ELVIRA. A nuestra puerta

la ronda está formada,  
y la casa allanada  
va á verse en el momento.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Mas ¿con qué fin?...

REY. Señora, ¿con qué intento?...

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(Muy apurada.)* ¡Infelice de mí!

D.<sup>a</sup> ELVIRA. *(Al Rey.)* Sin duda alguna  
viene á buscaros.

REY. ¡Pese á mi fortuna!

Yo sabré en todo caso  
con mi espada y valor abrirme paso.  
*(Hace ademán de desenvainar la es-  
pada.)*

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(Deteniéndole.)* ¡Don Juan!

REY. ¡Gran compromiso!

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿Y por dónde podrá?...

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Si á toda priesa

el jardín atraviesa,  
por la verja, Leonor.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Muy bien pensado.

REY. Pronto.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Pronto.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. Venid por este lado.

*Por la parte donde se van á marchar,  
salen precipitados y despavoridos  
LEONARDA y PIERRES.*

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...

He visto...

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿Qué, Leonarda?

LEONARDA. Hablar no puedo.

He visto... mucha gente,  
que el jardín ha ocupado de repente.

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿El jardín?

LEONARDA. Sí, señora.

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(A doña Elvira con viva ansiedad.)*

¿Será, Elvira, tal vez?... Mas no es la  
D.<sup>a</sup> ELVIRA. No, que hoy al medio día [hora-  
me escribió que esta noche no vendría.  
¡Cielos!... ¿Qué será esto?

D.<sup>a</sup> LEONOR. Ser desdichada yo.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. *(Con viveza.)* Remedio, y presto  
buscar es necesario.

PIERRES.] *(Al Rey, y muy precipitado.)* Es el vejete  
sin duda, el que nos busca y acomete.  
Más gente hay en la calle  
que ha de encerrar de Josafat el valle,  
y en el jardín lo mismo,  
que es de bultos siniestros un abismo.

Alguaciles, soldados,  
canónigos, letrados,  
y los niños doctrinos,  
y la comunidad de capuchinos,  
y tercios, y escuadrones,  
y cuarenta galeras,  
y las monjas terceras  
con órganos, ciriales y pendones  
en torno nos circundan.

Por Dios en algun pozo nos confundan,  
si es que lo hay en la casa,  
mientras la furia del asalto pasa.

Todo cuanto he cenado está ya acedo,  
y de descomponerme estoy á un dedo.  
REY. Calla. bribon, cobarde.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Algun partido  
forzoso es abrazar.

*Sale ANACLETA*

ANACLETA. Todo perdido  
está ya. Me he tardado  
hasta ver si quedaba descuidado  
algun sitio oportuno  
para escapar, y no quedó ninguno.  
LEONARDA. Tal vez la puerta falsa...

D.<sup>a</sup> LEONOR. Sí, sí, Elvira.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. *(A Leonarda.)* Desde el sobrado mira  
si aun está libre, acaso...

*(Vase Leonarda.)*

ANACLETA. Sí; mas notad que es el forzoso paso  
para ir al corredor y á la escalera,  
que á la puerta trasera  
baja, y no hay otro...

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(Con gran ansiedad.)* Cierzo, de mi tío  
justamente la alcoba.

D.<sup>a</sup> ELVIRA. *(Suspensa.)* Sí.

D.<sup>a</sup> LEONOR. *(Abatida.)* ¡Ay Dios mio!

D.<sup>a</sup> ELVIRA. *(Resuelta.)* Está en el primer sueño  
y tal vez no despierte.  
Pongamos algo en brazos de la suerte,